

vosotros creísteis, digo, que la Francia estaba ya cerca de su ruina; que el Cielo armaba contra nosotros à todas las Naciones de la tierra, para vengar vuestra Religion violada; que todas las Potencias que se interesaban en vuestros derechos, iban à atravesar tantos Países por venir à echar ellas mismas, à pesar de nuestros esfuerzos, los fundamentos de vuestros Templos, que creíais injustamente demolidos; y que los mismos Principes Catholicos que havian venido à ser nuestros enemigos por aversion, serían vuestros protectores por politica. En efecto, pudierase haver dicho, que la Francia iba à rendirse bajo el peso de una liga tan formidable; que nuestra ruina era asunto de una, ó de dos Campañas, y que este gran Reyno iba à ser la presa de tantas Potencias confederadas. No obstante, hermanos míos, *en vano bramaron todas las Naciones, (a) los Pueblos han meditado cosas vanas, los Reyes de la tierra se han juntado, y los Principes se han ligado contra el Ungido del Señor, porque el Señor se ha burlado de todos sus proyectos.*

En fin, yá que la guerra no favorecía vuestros designios, os atrincherabais sobre la paz. Vosotros creíais que aquel sería el termino feliz de todos vuestros trabajos; que el mundo no podia hallar descanso sin que vosotros estuviésteis satisfechos; y que teníais en la mano al hombre de vuestra paz, à quien el Rey no podia dejar de conceder vuestra libertad; vosotros mismos formabais anticipadamente el articulo del tratado que os pertenecía: no obstante, vuestra esperanza ha salido vana. El Rey ha experimentado por todas partes la proteccion del Cielo: ahora haya hecho la guerra, ahora la haya terminado, Dios le ha mirado como à un Principe, segun su corazon, que havia cumplido sus voluntades; las victorias, que

(a) Psalm. 2. v. 1. y 2.

que son favores del Cielo, le han coronado; y la paz que es la compañera de la justicia, hace à su Reyno mas feliz, y mas floreciente que nunca.

De este modo remitíais vuestra fé à la fortuna de los sucesos, que esperabais tales como los havíais deseado. Y así, hermanos míos, si vosotros huviésteis visto abatida la Francia, arruinadas las Iglesias, asustada la Silla de Roma, ¿qué consecuencia huviésteis sacado? ¿Qué huviésteis pensado? ¿que huviésteis dicho, sino que era un castigo visible; que el Cielo havia juzgado vuestra causa en favor vuestro; que era una señal evidente de que Dios no aprobaba el designio de vuestras conversiones? Pero todo ha salido bien; Dios ha echado la bendicion à las armas del Rey, el Reyno está en paz, las puertas del Infierno no han podido prevalecer contra la Iglesia. Hasta los mismos Principes Soberanos en el Norte se hacen Catholicos. ¿Por qué no decís, que es la obra de Dios, el Rey hace bien, Dios lo quiere así? ¿No es justo, que reconozcais su voluntad en los buenos sucesos, como la huviésteis vituperado en los malos?

Pero sin detenerme en estas razones, que no os pertenecen à vosotros, os pido que examineis el estado en que os hallais. ¿Qué cosa mas triste, ni mas terrible para unas conciencias un poco timoratas, que estar sin Religion como Ateístas? No permita Dios, hermanos míos, que yo crea, que vosotros decís en vuestro corazon, como aquellos insensatos de la Escritura: *No hay Dios.* (a) Vosotros le reconocéis, vosotros le adorais, su imagen está impresa en vuestro espiritu, y en vuestro corazon. La misma naturaleza, el instinto; la Religion que profesais os ha hecho conocer la grandeza, el poder, y la misericordia en la leccion de las Santas Escrituras. Vosotros seriais sin duda mas culpables, y mas desgraciados, si no conociésteis à Dios

(a) Psalm. 13. v. 1.

Dios. Pero perdonadme si os digo, que sois mas inescu-
sables, si conociendole, como le conoceis, no le glorifi-
cais, segun debéis, dandole aquel culto de Religion so-
lemne, y publico, que todas las Naciones le han dado en
todos los tiempos. ¿Dónde están vuestros Altares? ¿Dónde
están vuestros Sacerdotes? ¿Dónde están vuestros Sacrifi-
cios? ¿Dónde están vuestras solemnidades? ¿Dónde están
vuestras oraciones publicas? ¿Dónde está vuestra señal de
Christianismo?

Acaso me direis vosotros: Yo tengo mi Religion en
el corazon, toda la encierro dentro de mí mismo: ¿Pero
qué Religion es esa, que no parece, que no tiene nin-
guna funcion? Asi como la fé sin obras, es una fé muerta,
sine operibus mortua est, (a) la Religion sin exercicio es
una Religion infructuosa. Ella se corromperá si la dejais
ociosa, y como sepultada en un corazon tibio, y perezoso;
es necesario movimiento para tenerla pura. ¡Pluguiera
Dios, direis vosotros, se pudiera practicar mi Religion!
¿Por qué me la han vedado? El Rey, su conciencia, el zelo
que Dios le ha dado por vuestra salvacion le han obliga-
do à traeros al seno de la Iglesia, de donde haviais sali-
do. Os ha dado parte en lo mas estimado, y mas precio-
so que tiene; quiero decir, su Religion, en donde se halla
toda la vuestra; el mismo symbolo de creencia, el mismo
modelo de oracion Dominical, la misma ley de Manda-
mientos, el mismo Moral, la misma Doctrina del bien, y
del mal, el mismo conocimiento de Dios, y de su Uni-
dad, de su Trinidad, y de sus divinas perfecciones, la mis-
ma fé en Jesu-Christo, Salvador, y Redentor de los hom-
bres, el mismo Evangelio depositario de sus eternas verda-
des. Que estos sean vuestros Templos, ó vuestras Iglesias,
entre vosotros, ó con nosotros, que asistais á las oracio-
nes; á las instrucciones, à la celebracion de los Santos Mys-

Dios

te-

(a) Jac. 2. v. 26.

(a) Psalm. 12. v. 1.

terios: ¿qué importa todo eso? ¿Gustais mas de vivir en vuestra indolencia? ¿No sentis
ir poco á poco desfalleciendo vuestra fé, y vuestros habitos
de piedad? ¿No os reprehendeis á vosotros mismos la este-
rilidad de vuestra alma? No teneis ninguna libertad, nin-
guna paz, ninguna comunión de oraciones, ningun
uso de Sacramentos, ninguna participacion en el Cuer-
po, y en la Sangre de Jesu-Christo. Vuestros corazones
están llenos de esa tristeza que obra la muerte, y que no
proviene de penitencia, sino de obstinacion. Sois como
aquellas Montañas de Gelboé, donde no caen, ni lluvias,
ni rocío; haveis perdido vuestro zelo, y vuestra caridad,
y hasta aquella misma hambre de la palabra de Dios,
que mirabais como vuestro propio carácter. Se os vé me-
lancolicos, pensativos, irresolutos, vacilando en la fé, en-
tre dos Religiones, que quisierais poder seguir las ambas,
y que acaso ambas haveis abjurado, no atreviendos á
parecer lo que sois, se os ve llevar arrastrando vuestras
conciencias, ó muy anchas, ó muy timoratas, disputar
sin discrecion, determinaros sin conocimiento, juntaros
sin unión, orar sin gusto, y sin eficacia, sufrir sin merito,
vivir sin regla, y morir sin consolacion.

Permitid, hermanos míos, que de este modo ponga
yo las manos sobre vuestras llagas, no para exasperarlas,
sino para curarlas si puedo. Yo os compadezco; Yo bien sé
que es dificultoso ahogar las preocupaciones de nacimien-
to, borrar todas las impresiones que se han recibido desde
la juventud, olvidar todo lo que se ha visto, y todo lo
que se ha oído. Yo os compadezco, digo otra vez, pero
aun me compadezco mas si permanecéis en vuestra obsti-
nacion, ó en vuestras irresoluciones.

Porque en fin, ¿qué os proponemos nosotros sino
vuestra salvacion? ¿Qué motivo tenemos para ello, sino
la caridad? No nos resulta, ni gloria, ni riqueza, ni otra
alguna ventaja temporal, que la de procuraros, mal que

os pese, lo que no obstante decís vosotros, que deseáis mas, que es el reposo de esta vida, y la eterna felicidad: ¿A qué os convidamos nosotros? A servir á Dios con nosotros en la paz, y en la simplicidad de corazón; á reconocer su Magestad soberana, á recurrir á su gracia, á gozar de sus conselaciones, y de sus beneficios, á beber en las fuentes de Jesu-Christo nuestro Salvador, las aguas saludables que brotan á la vida eterna. Nosotros os abrimos nuestras Iglesias, ¿qué trabajo os cuesta venir á ellas? ¿Qué veis en ellas? Esos Altares á que vuestros antepasados tantas veces han traído sus ofrendas. Esas paredes que tantas veces han hecho resonar con los Canticos de la Santa Sion; esos Tabernáculos adonde tantas veces han venido á buscar con fé, y con humildad ese Pan de vida, que fortalecia su virtud, y servia de sustento á sus almas. ¿Qué se hace en el recinto de estas Iglesias? Se cantan Hymnos, y Psalmos; se méditan los Mysterios de la Pasion de Jesu-Christo, se renuevan de un modo incruento; se predica su Evangelio en estas Cathedras de doctrina, y de verdad, se comunican los unos con los otros en espíritu de unión, y de caridad en las oraciones comunes. ¿Qué halláis vosotros en estas practicas que os ofenda?

Pareceme que os oyo decir en vuestro corazón, *la Misa, la Misa*. Pero, hermanos míos, ¿qué pensáis vosotros que es esta Misa? Es un Sacrificio instituido para representar el que una vez fue consumado sobre la Cruz, para hacer que dure su memoria hasta el fin de los siglos, para aplicarnos la virtud saludable por los pecados que cometemos todos los dias. Nosotros le ofrecemos á Dios á Jesu-Christo, y el merito de su muerte. No es este un suplemento del precio de nuestra salvación, es sí una renovación. Nosotros de creemos presente, y le adoramos. Aquí me dirijo yo á vosotros, antiguos Catholicos; que debéis ser como los tutores de la infancia espiritual de vuestros hermanos, para manejar las buenas disposiciones,

que Dios les dá por vuestros cuidados, y por vuestros exemplos. ¿Qué dirán ellos si os ven con ayres poco respetuosos, y posturas indecentes delante de ese Altar, en que ilustrados los ojos de vuestra fé os hacen descubrir la Magestad de Dios, aunque oculta? ¿Si venis á traer vuestras vanidades hasta la faz del Santuario, y hacer de la Casa de oracion una sala de conversacion, y acaso de enamoramientos? ¿Si con vuestras irreverencias no mas asistís á ese Sacrificio que la Iglesia llama tremendo? Quizá permitirá Dios (y yo tengo esta confianza en su misericordia) que estos recién venidos, penetrados de la verdad de este Mysterio, bueltos los ojos, y el corazón ácia el Propiciatorio, como aquellos Cherubines del Arca, asistirán á la Misa, modestos, humildes, y recogidos para mayor confusion vuestra; y os darán los exemplos de circunspeccion, y de piedad que les debiais haver dado vosotros.

Buelvo á vosotros, hermanos míos. ¿Qué pensáis vosotros, que sea el conjunto de nuestra Liturgia, ó de nuestra Misa? Algunos versiculos tomados de los Psalmos que el Sacerdote pronuncia en lo inferior del Altar; una humilde confesion de sus pecados, de pensamientos, de palabras, y de obras delante de Dios, y delante de los hombres; unas oraciones llenas de uncion, y de sabiduría, que se dirigen á Dios Padre, que invocan al Espiritu Santo, y que se concluyen todas por los meritos de Jesu-Christo, una recitacion de los lugares mas instructivos, y mas convincentes de los Apostoles, ó de los Prophetas, que animan nuestra fé, ó alientan nuestras esperanzas: una lectura del Evangelio, de aquellas palabras de vida eterna, salidas de la boca del Hijo de Dios, que proferimos con respeto, que oímos de pie para denotar nuestra prontitud á executar las reglas que nos prescriben, y de las que sacamos la materia de nuestras predicaciones, y de nuestras instrucciones al Pueblo; ¿qué cosa mas edificante! Pues lo restante no

lo es menos. Como para acercarse á Dios procediendo á la celebracion de los Santos Mysterios, es necesario creer, rezamos el Symbolo de nuestra Fé conforme lo computaron los Apostoles, y los Santos Padres en los Concilios. Despues preparamos los dones Sagrados por nuestras bendiciones, nuestras oblaciones, y nuestras oraciones. Consagramos, en fin, en virtud de las palabras todo poderosas, que Jesu-Christo nos ha dejado, y confirmado; y por nuestras manos, aunque indignas, se presenta, y comparece por nosotros ante la presencia de Dios (dice San Pablo en su Epistola á los Hebreos) el Cordero sin mancha, la Hostia pura sacrificada por nosotros sobre la Cruz, y representada continuamente á su Padre, sobre nuestros Altares, en donde intercede por nosotros. ¿Hay nada en esto, que deba, ó pueda enfadaros? Si teneis fé, venid á exercerla en nuestras Iglesias; si no la teneis todavía, venid humildemente á pedirla.

No temais que quiera obligaros temerariamente á comuniones precipitadas, y hacerme yo tambien á mí mismo reo, como vosotros, del Cuerpo, y de la Sangre de Jesu-Christo, entregandolas á los incredulos, ó exponiendolas á unas almas indeterminadas, é hypocritas; desdichado de mí si os pusiese á la Santa Mesa para ir sin discrecion á comer vuestro juicio; si os convidase al convite del Esposo sin saber antes si habeis tomado la vestidura nupcial; si os expusiese á perecer con el mismo remedio que debe curar todas vuestras enfermedades espirituales. No temais, digo otra vez. Yo rodearé estos Altares de una cerca impenetrable, que os cerrará las avenidas. Yo pondré barreras entre vosotros, y estas varandas en donde se distribuyen los Santos Mysterios, hasta que por una devocion experimentada, y voluntaria merezcáis recibirlos.

¿Pues qué dificultad hallais vosotros? ¿Qué se os pide? ¿Hacer criar vuestros hijos en la Religion de vuestros Padres, darles lecciones de prudencia, y de Christianismo,

atraer-

atraerlos al origen de su fé, y de su bautismo? No tienen idea alguna de la pretendida reforma, no han visto jamás sus prácticas, ni sus ejercicios; jamás han oído otra invectiva contra la Iglesia que la que vosotros haceis en secreto. Su inclinacion los llevará á nuestro culto catholico, la autoridad del Rey los reducirá á ello. ¿Pues por qué sembrais en su espiritu dudas de que será necesario deshacerse, y de que les costará trabajo el bolver? ¿Sabeis, hermanos míos, lo que haceis? Formais para el siglo proximo una generacion perversa, que no sabrá, como es necesario, honrar á Dios; una raza de gentes, que hallandose, sin saber por qué, medio Hugonotes, y medio Catholicos, obligados á vivir en la Iglesia sin atreverse á practicar sus reglas, claudicando por ambas partes, y no sabiendo lo que deban creer, se reducirán por fin á no creer quizá nada; que olvidarán las instrucciones que se les quieren dar, y no tomarán las que se les preparan; que viviendo toda su vida indecisos, morirán sin haver hecho eleccion de la Religion que deben seguir; y no teniendo, en fin, fé alguna fija, se echarán al libertinage, á todo peligro; ó si tienen alguna fé, os maldecirán de haverse-la estorvado, y de haverles quitado la cosa mas deseada que hay en el mundo, que es la piedad, y la paz de la conciencia, y haverles hecho de este modo infelices en esta vida, y aun mucho mas en la otra. ¿No tendrán motivo de exclamar con San Bernardo: *O non Patres, sed peremptores?*

¿Por qué, pues, no los remitís á la Iglesia Catholica? ¿Vuestros padres antes que vosotros no se salvaron en ella? ¿Os atreveriais á negarlo? ¿Pues por qué no se han de salvar vuestros hijos? ¿Havia de haver estado la Sangre de Jesu-Christo por tanto tiempo sin utilidad, y sin eficacia, ó quereis que lo llegue á estar quando vuestra Religion huviere cesado? Si decis que vuestros padres estaban en buena fé, y que Dios les ha hecho misericordia, dejad á

vues-

vuestros hijos, y estad seguros de que Dios hará lo mismo con ellos.

¿Por qué no les mostrais vosotros mismos el exemplo? Desde que habeis estado como reunidos con nosotros, bien habeis podido desengañaros. ¿Nos habeis visto adorar maderas, ó piedras? ¿Nos habeis reconocido tan supersticiosos, ó tan idolatras, á menos que no llameis idolatría á la adoracion de Jesu-Christo, que creemos presente sobre nuestros Altares, sobre la fé de su palabra? ¿Aprobamos nosotros vicio alguno? ¿No aconsejamos todas las virtudes? Si aun quereis afectar otra mayor pureza, y una reforma mas grande, vivid entre nosotros en el exercicio de las virtudes mas Evangelicas, que no turbaremos vuestra perfeccion, y nos edificaremos de vuestros buenos exemplos.

No digais, que precipitamos, y apresuramos el negocio; bastante tiempo habeis tenido de pensarlo, y de instruíros en ello. Se os han dado doce años de treguas, habeis tenido razon de dudar, ¿pero por qué no habeis tenido el cuidado de conocer? En una ocasion tan delicada como es la de la verdad, es necesario á lo menos examinar, y tomarse el trabajo de indagarla. ¿Pero qué oraciones habeis hecho? ¿Qué buenos libros habeis leído? ¿Nos ha dicho alguno de vosotros, mostradnos los caminos de la salvacion? ¿Ha havido alguno que le haya dicho á Dios: *Señor, qué quereis que haga?* Vosotros no teneis aquella docilidad, y aquella sumision que atrae las gracias, y las luces del Espiritu de Dios, habeis orado, pero vosotros mismos os habeis respondido, segun vuestras preocupaciones, ó vuestros deseos, y habeis puesto entre el Cielo, y vosotros una nube, para que vuestra oracion no pueda pasar: *Opposuisti nubem tibi ne transeat oratio.* (a) Estos son los terminos de Jeremías.

(a) Thren. c. 3. v. 14.

¿Y os admirareis si se os procura despertar, y sacaros del letargo en que estais? Tanto peor, decís vosotros; la Religion se persuade, no se manda. Se persuade, hermanos míos, es verdad; pero es á los que quieren oirla, á los que aman, y á los que buscan la verdad, á los que son puros de corazon, y humildes de espíritu. La Religion se introduce, no solamente por la fé, y por la razon, sino tambien por la costumbre; asegúrase uno en ella á medida de lo que la exercita. La verdad es el alma, la costumbre es el cuerpo. La primera establece el culto interior. La segunda el culto exterior. Mas; la verdad se persuade, pero la costumbre se manda. ¿No ha sido preciso forzar á los Paganos, y á los Infieles? ¿No han tenido el mismo trabajo en dejar sus Dioses que adoraban, que teneis vosotros en dejar vuestro culto christiano? ¿Constantino no los reduxo por autoridad? ¿Theodosio no dispó á los Arrianos? Ello ha sido preciso mudar en estas gentes su costumbre de Religion, imprimirles otras ideas; y por una saludable violencia familiarizar, digamoslo así, su fé por el exercicio, y por la costumbre. Hay un culto exterior, que se introduce en el espíritu por los sentidos, y se hace facil por el uso; y este es aquel culto que se manda, y á que se obliga, *compelle.*

Algunas veces habeis dicho vosotros; señal es de una mala Religion el usar así de violencia. Luego la vuestra es mala, segun vosotros, en los Estados en que persigue á los Catholicos. En nosotros condenais, y teneis por ira lo que alabais en vosotros como zelo. Quereis quitar á la verdad el derecho de hacerse reconocer, y dejar al error la libertad de hacerse seguir. Quereis hacer Martyres en Inglaterra, y no quereis que nosotros hagamos Proselytos en Francia. Sois inexorables sobre vuestra Religion, y os admirais de que nosotros seamos sensibles por la nuestra.

Pero los Apostoles, direis vosotros, no han establecido asi la Iglesia; no se valieron de otros medios para la conversion del mundo sino de la instruccion, de la caridad, y de la paciencia; no han empleado la autoridad, ni el poder. ¿Pero á quien queriais vosotros, hermanos mios, que acudiesen? ¿Havia algunos Principes Christianos? Todo el Gobierno era Infiel, toda la Magistratura Pagana, no podian autorizarse con las Ordenes, ni con los Edictos de los Emperadores, enemigos de la nueva Religion, que publicaban; y asi acudieron á la autoridad de Dios mismo. Ananías, y Saphira mienten al Espiritu Santo, y quieren retardar el progreso de la perfeccion de los Fieles. San Pedro armado de zelo, pronuncia contra ellos un Anathema de muerte, y los sepulta (digamoslo asi) á sus pies por su palabra, infundiendo de este modo un triste, pero saludable, terror en toda la Iglesia. Abusa del Pueblo Simon Mago, y volando por el ayre, quiere con sus fingidos milagros poner un estorvo al Evangelio; pero el mismo Apostol detiene sus encantos por la fuerza de su oracion, y precipitandole del Cielo adonde temerariamente se havia elevado, le castiga á vista de sus ciegos admiradores, con una caída terrible, y mortal. Pretende Elimas impedir la conversion del Proconsul Sergio, y movido San Pablo de una santa indignacion, se sirve del poder que Dios le dá, y castiga á este impostor con una repentina, y terrible ceguera. Al presente ha dejado el Señor su autoridad á las Potestades Christianas para el adelantamiento de su Fé, y para la gloria de su Iglesia.

Esto no es, hermanos mios, querer yo para mí otro espiritu que el de la caridad, y de la paciencia Evangelica. A Dios pongo por testigo de que os llevo á todos en mi corazon; que me compadezco de vuestros trabajos; y que postrado todos los dias á los pies de los Altares, le pido afectuosamente para vosotros la paz, y la gra-

gracia de Jesu-Christo. Ya me parece que veo en vuestros corazones lo que pasa en aquellos que tienen aun un poco de Religion, que es combate de dos voluntades, que se amotinan, de la costumbre contra la verdad, del mundo contra el mundo, y de la conciencia contra la misma conciencia. Escuchad en las instrucciones las palabras de paz, que pueden calmar esas tempestades. Pedid al Señor que derrame la tranquilidad en vuestras almas. Vosotros hallareis las consolaciones que deseais, y aun muchas mas de las que podiais desear. Pero si oy dia nos decis vosotros, ¿por qué nos apresurais? Puede ser que algun dia nos digais: Bendito sea el momento en que nos obligasteis. Quiera Dios concederme en mis dias esta consolacion, y esta gracia, y llamarnos á todos á su gloria. En el nombre del Padre, &c.